
EL DOMINICO P. JOSEPH M. PERRIN Y SIMONE WEIL: UN ENCUENTRO FECUNDO

Josep Otón*



«El encuentro entre dos personas es como el contacto de dos sustancias químicas: si hay alguna reacción, ambas se transforman»

(C. G. JUNG)

En ocasiones, los tiempos aciagos propician encuentros impensables en otras circunstancias. Eso les ocurrió a Joseph Marie Perrin y a Simone Weil. El P. Perrin, nacido en Troyes (Francia) en julio de 1905, ingresó en el noviciado de los dominicos de Saint Maximin en 1922, hizo la profesión solemne en 1927 y fue ordenado sacerdote en 1929. Con el ascenso del nazismo se comprometió activamente en la lucha contra el totalitarismo y el antisemitismo.

En verano de 1941, al regresar a Marsella tras un viaje, Hélène Honorat le pidió que recibiera a Simone Weil, una conocida activista, profesora de filosofía y de origen judío.

Weil, vitalmente implicada en la causa de los más desdichados, quería compartir su suerte. Ya había sido

obrera en una fábrica y ahora se planteaba trabajar en las labores del campo. Con esta intención se puso en contacto con el P. Perrin. El dominico, dispuesto a ayudar a los judíos, la puso en relación con Gustave Thibon que la contrató para trabajar en la vendimia.

Simone Weil quedó muy impresionada con el P. Perrin. Este sacerdote, con un agudo problema de la vista y, por aquel entonces, con una delgadez ascética, hablaba con gran dulzura y le inspiró una gran confianza. Lo visitó con cierta asiduidad, no solo para estar

al corriente de las gestiones relativas al trabajo en el campo, sino sobre todo para exponerle los problemas religiosos que tanto le preocupaban.

El P. Perrin fue el depositario de las confidencias de esta controvertida pensadora. A pesar de su agnosticismo



* Josep Otón acaba de publicar, *Simone Weil, el silencio de Dios*, Ed. Fragmenta.

y de su origen judío, había vivido diversas experiencias, en Portugal, en Asís y en Solesmes, que la habían acercado al catolicismo. Aun así, se resistía a recibir el bautismo.

Para Weil era difícil vincularse con exclusividad al cristianismo ya que sentía una gran admiración hacia otras religiones. Además, el Antiguo Testamento le producía una profunda aversión por sus componentes belicistas e intolerantes. Por el mismo motivo, se escandalizaba por la crueldad de las cruzadas y de la inquisición.

Al finalizar la vendimia, Weil regresó a Marsella. Durante el invierno, el P. Perrin invitó a Weil a participar en algunas reuniones celebradas en la cripta del convento de los dominicos. Allí, esta controvertida autora leía y comentaba textos de la filosofía griega que, en su opinión, prefiguraban el mensaje del Evangelio.

En la primavera de 1942, el P. Perrin fue destinado a Montpellier para



atender a un grupo de estudiantes. Para ayudarle en su nueva misión, Simone Weil escribió «Reflexiones sobre el buen uso de los estudios escolares como medio de cultivar el amor a Dios», un auténtico tratado sobre la atención.

La vida del P. Perrin es un claro ejemplo de la genuina vocación dominicana: espiritualidad, compromiso social y diálogo con la cultura de cada momento histórico. Simone Weil reconoció que «si no lo hubiera conocido, nunca me habría planteado el problema del bautismo como una posibilidad real». A pesar de sus argumentadas reticencias, acabó recibiendo el sacramento en su lecho de muerte en agosto de 1943.

Gracias a la iniciativa del P. Perrin, los escritos de Weil relativos a su proceso espiritual y a su pensamiento religioso vieron la luz para sorpresa de muchos. Así nacieron libros póstumos como *A la espera de Dios*, *Pensamientos desordenados*, *Intuiciones precristianas* y *La fuente griega*. ➤



El año 2000 Joseph Marie Perrin recibió el reconocimiento de *Justo entre las naciones* por su defensa de los judíos durante la II Guerra Mundial. Dos años más tarde falleció en Marsella y es de esperar que se reencontrara con Simone Weil. ➤

